

Cantares 7

Versos 6-9

La estatura de la Amada:

*fruto de lo que el REY ha
formado*

Hay un momento importante en la formación (trato) de la *Amada*, y es, en el que el Rey comienza a hacer visible la obra que ha venido realizando en ella.

Cantares 7:6-7 lo expresa así:

“¡Qué hermosa eres, y cuán suave, oh amor deleitoso! Tu estatura es semejante a la palmera, y tus pechos a los racimos.” (JBS).

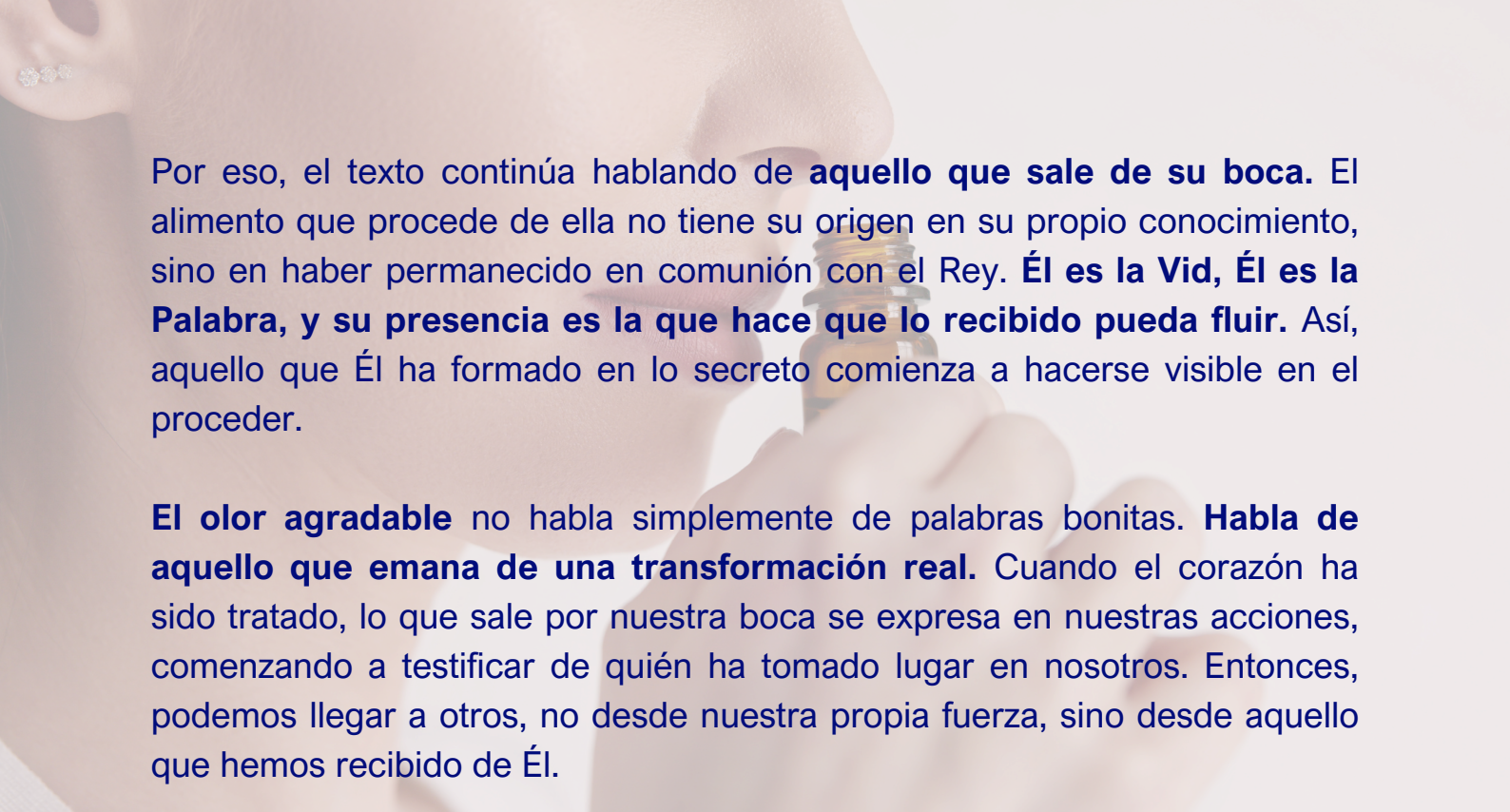
No estamos ante una descripción solamente exterior, sino ante el reconocimiento de la obra que ÉL hizo y ha hecho en ella. Esa estatura no se mide por lo alto ni por lo llamativo. Cuando Samuel fue a ungir al rey David entre los hijos de Isaí, el Señor le enseñó a no mirar como mira el hombre, porque *“no es lo que el hombre ve. Porque el hombre ve lo que está delante de sus ojos, mas el SEÑOR ve el corazón.” (1 Samuel 16:7).*

La estatura de la *Amada* habla del juicio que ha aprendido a recibir del Rey: no el suyo propio, sino el que procede de Él. Ella no establece su propio criterio; aprende a juzgar desde lo que ha recibido del Rey. Solo quien ha sido formado bajo su gobierno puede permanecer firme, como la palmera. Y la imagen de Débora bajo la palmera (**Jueces 4**) nos deja ver también esa firmeza relacionada con el juicio y la autoridad para servir a otros.

De esa firmeza aparecen ahora **los racimos**. Lo que la *Amada* ha recibido comienza a convertirse en sustento para otros. Sin embargo, los racimos, el manzano y el buen vino de los versos siguientes no encuentran su origen en ella, **porque la Amada no produce desde sí misma. Así que, lo que puede entregar nace de lo que primero recibió de Él.**

Cantares 7:8-9 continúa diciendo: “Yo dije: Subiré a la palmera, asiré sus ramas; dejen que sean tus pechos como racimos de vid, y el olor de tu nariz como manzanas; Y tu paladar como el buen vino, que se entra a mi amado suavemente, y hace hablar los labios de los que duermen” (JBS).

Aquí la imagen vuelve a mostrarnos que lo ha recibido de la Cabeza, y por esta razón, ya puede convertirse en alimento para otros. **El manzano nos lleva a Cristo, y el buen vino nos habla de aquello que procede de su presencia.**



Por eso, el texto continúa hablando de **aquello que sale de su boca**. El alimento que procede de ella no tiene su origen en su propio conocimiento, sino en haber permanecido en comunión con el Rey. **Él es la Vid, Él es la Palabra, y su presencia es la que hace que lo recibido pueda fluir**. Así, aquello que Él ha formado en lo secreto comienza a hacerse visible en el proceder.

El olor agradable no habla simplemente de palabras bonitas. **Habla de aquello que emana de una transformación real**. Cuando el corazón ha sido tratado, lo que sale por nuestra boca se expresa en nuestras acciones, comenzando a testificar de quién ha tomado lugar en nosotros. Entonces, podemos llegar a otros, no desde nuestra propia fuerza, sino desde aquello que hemos recibido de Él.

Esto nos permite comprender nuevamente la diferencia entre honrar al *Rey* con los labios e incorporarlo verdaderamente en nuestra vida. La *Amada* no solamente habla de Él, su vida comienza a mostrar su estatura. **La coherencia entre lo que confiesa y lo que vive se convierte en testimonio**.

Así, el diálogo entre el *Amado* y la *Amada* nos lleva hacia algo todavía más profundo. La formación no termina en recibir; nos prepara para acompañar a otros. Él ministra en nosotros y, desde aquello que Él ha hecho, podemos ministrar a otros. El buen vino entra suavemente, y aquello que procede de su Presencia puede alcanzar también el corazón de otro.

Por eso, la fe que hemos venido aprendiendo no puede reducirse a algo que sabemos explicar. **La fe se hace visible cuando procedemos**. Nos desarraiga de aquello que pretende sostenernos en lo terrenal y nos establece en lo Eterno. Así, la *Amada* aprende a reconocer la venida del Rey no solamente en los grandes acontecimientos, sino en los detalles de cada día, en aquello que Él está haciendo ahora y que muchas veces podemos perder cuando permanecemos aferrados a lo que ya conocemos.

Y al llegar al final de **Cantares 7**, la enseñanza nos lleva a una imagen profundamente significativa: **la diestra**. Benjamín, cuyo nombre fue cambiado por Jacob de “*hijo de mi amargura*” a “*hijo de la diestra*” (**Génesis 35:18**), nos permite contemplar cómo aquello que estuvo marcado por la amargura puede llegar a mostrar otra realidad bajo el gobierno del Rey.

La diestra hace visible lo que Él ha hecho. Por eso, necesitamos reconocer también quiénes fuimos sin Él. **Si no sabemos quién éramos sin Él, difícilmente podremos testificar con firmeza quiénes somos cuando Él toma lugar en nosotros.** La obra del Rey no borra nuestra historia como si nunca hubiera existido; la transforma y hace visible lo que su gobierno ha producido.

Pablo pudo testificar desde ese lugar porque conocía quién había sido, y además, podía reconocer lo que el Rey había hecho en él. Así, la diestra no solamente habla de lo que somos hoy, sino que hace visible el contraste entre lo que fuimos sin Él y aquello en lo que Él nos está convirtiendo.

De esta manera, llegamos al cierre de **Cantares 7**. La *Amada* ha aprendido a mirar, discernir, reconocer la Cabeza, rendirse, creer y proceder. Ahora, comienza a hacerse visible el fruto de esa formación. No porque ella sea la fuente, sino porque permanece unida a la Vid. **Él la ha sostenido, Él la ha formado y Él es quien hace que aquello recibido pueda fluir hacia otros.**

Y desde aquí podemos entrar en **Cantares 8**; con la *Amada* que ya no solamente está siendo formada, sino que comienza a comprender, desde el testimonio, **quién es ella cuando permanece bajo el gobierno de su Rey.**